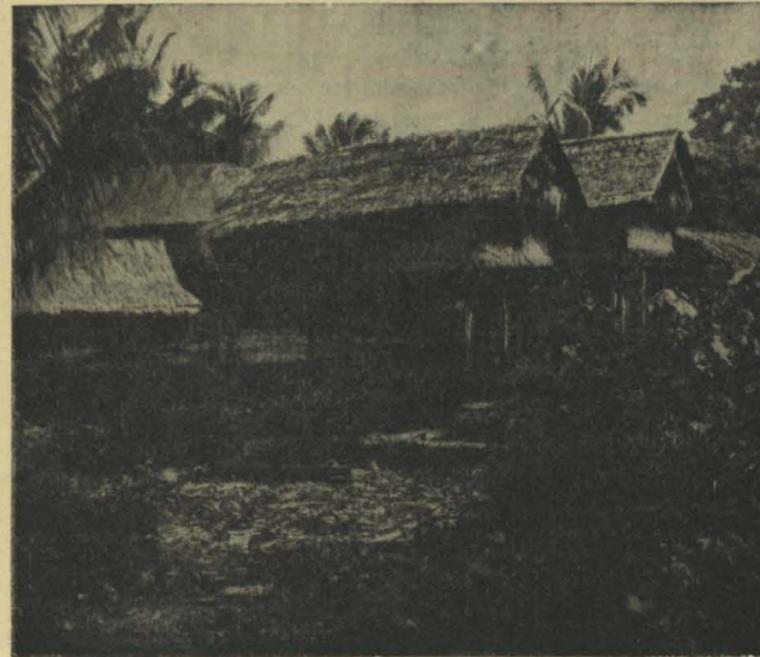


ser uniformemente bellos y fuertes, amables, generosos, pacíficos. Pero no era así, excepto en algunos islotes privilegiados, donde la población, formando un mundo aparte en condiciones perfectamente igualitarias, se había llegado á no conocer la distinción entre lo tuyo y lo mío. El bello ambiente del suelo, de las aguas y de los aires no se hace educador sino con la ayuda de los hombres que saben interpretarle y, por decirlo así, darle un alma. Pero la enseñanza recibida fué siempre la de la guerra, y las formas de conflicto variaban en cada isla, según las mil circunstancias del contacto primitivo. El reparto de la población en tierras alejadas unas de otras, constituyendo todas un medio especial bien caracterizado, tenía ya por consecuencia dar á cada tribu un carácter particular, uniéndose á esos contrastes los creados por las vicisitudes de la inmigración. Á pesar del origen común y de la semejanza de las lenguas, derivadas del mismo tronco, la evolución siguió en cada territorio vías propias: los Melanesios se parecen poco á los Havaianos, los de las Marquesas contrastan mucho con los de las islas de la Sociedad, los Samoanos y los Maoris habían llegado á ser muy diferentes durante una separación de algunos siglos.

Los contactos que se produjeron sucesivamente en los diversos archipiélagos entre los antiguos inmigrantes convertidos á la propia consideración en aborígenes, propietarios inmemoriales de la montaña ó del arrecife, y los arrogantes invasores, que por el derecho de la fuerza se atribuían cuanto les convenía, cabañas, bosques y los mismos habitantes, todos esos choques habían producido casi en todas partes un estado permanente de guerra abierta ó de opresión, es decir, de guerra regularizada. Se habían constituido las castas, dominadas por la clase superior de los *arivoi*, que eran los amos, los nobles, los grandes detentadores del suelo, las gentes de títulos, de fortunas y de privilegios, que podían permitirse echar el *tapu* (tabou) sobre todas las cosas que querían prohibir al pueblo, reservándose para sí mismos.

Entre esos privilegios de los nobles había uno que consistía nada menos que en el derecho de comerse las gentes de la plebe. En las Marquesas y en las Fidji era una costumbre honrosa, que aconsejaban los sacerdotes en las circunstancias graves y que se

explicaba claramente por la antigua superstición del sacrificio sangriento, lo mismo en las tradiciones arias y semíticas, politeístas y monoteístas, que judías y cristianas, porque en las mismas islas en que los hombres habían cesado de comer la carne humana, por repugnancia instintiva, los abuelos habían conservado el gusto y era preciso continuar sirviéndosela (Lippert). La idea, que se presenta



Cl. H.-B. Guppy.

CASAS SOBRE ESTACAS, ISLAS FAURO (ARCHIPIÉLAGO SALOMON)

espontáneamente á los espíritus sencillos, de que la sangre nutre la sangre y que el corazón dobla el corazón, contribuía también á justificar la antropofagia á los ojos de los jefes y de los sacerdotes, pero los grandes reyes no tenían necesidad de tradiciones religiosas ni de razones antropológicas, les bastaba tener hambre de carne humana. El famoso rey fidjiano Thakambau, que murió rodeado de cortesanos británicos y grandemente pensionado por el Tesoro inglés, era uno de esos potentados que suelen prescindir de excusas: cuando uno de sus súbditos le parecía á punto para una excelente comida, le hacía una señal: el desgraciado comprendía y él

mismo iba á la huerta á recoger las batatas y legumbres y verduras que habían de acompañar y sazonar su propio cuerpo bien asado. Ahora, la voluntad de nuevos amos, los Europeos, ha desterrado la real práctica de la antropofagia, pero téngase en cuenta que la conservación del canibalismo fué reivindicada por los partidos conservadores de las Fidji, en nombre de los «principios» y de la «sana moral». Como decían los defensores de los tiempos antiguos, ¿cómo proteger la sociedad sin contener las clases bajas por un justo terror?

Conviene observar que muchos archipiélagos habían abandonado las costumbres de las «comidas del gran puerco» mucho antes que Cook hubiera atravesado los mares. Apenas subsistieron hasta el siglo XIX más que en las Fidji, en las Marquesas, en Melanesia y en la Nueva Zelanda. En Taiti, en Samoa, en las islas Gilbert, en las Marschall, ciertas tradiciones y ceremonias, incomprensibles hoy, indican que el canibalismo fué allí practicado hace algunos siglos, pero no puede afirmarse que haya sido conocido en Havaii. Por otra parte, esas prácticas sanguinarias se alían muy bien en Oceanía con una gran benevolencia recíproca, del mismo modo que el infanticidio va allí unido con un respeto al niño que sólo excepcionalmente se encuentra en Europa. De hecho el Marquesiano no pone más mala intención en sacrificar á su camarada designado por los sacerdotes, que un campesino francés en matar su cerdo. En ambos casos se derrama la sangre porque no se imagina que pueda obrarse de diferente manera; pero los muertos se vengán, y el temor de los espíritus que sufren los vivos constituye el fondo íntimo de la religión polinesia¹.

La isla maravillosa de Taiti, en la que Bougainville y sus compañeros vieron una «nueva Cytherea» y que, después de aquel navegante, tantos pintores han descrito y tantos poetas han cantado, no era solamente la isla del amor, sino también un lugar de prácticas horribles, introducidas por la casta aristocrática de los Oros, gentes ociosas, que se honraban no haciendo nada con sus dedos y que engordaban conscientemente para darse un aspecto imponente. Actualmente aún los nobles procuran distinguirse por una majestuosa obesidad, que los antropólogos han querido considerar como

¹ R. L. Stevenson, *In the South Seas*, p. 144 y siguientes.



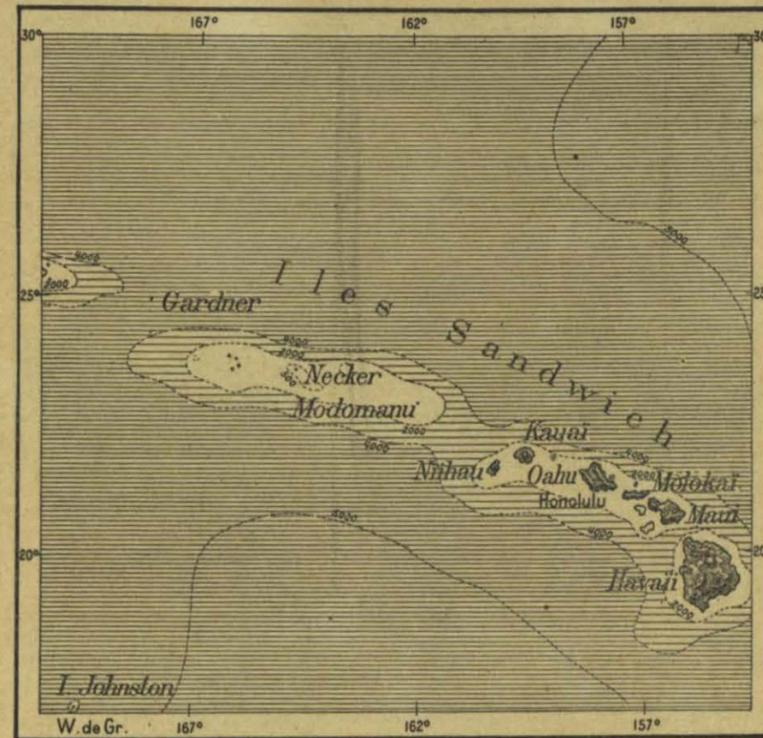
Cl. de la Sra. Massieu.

CANÍBAL DE LAS ISLAS SALOMON Ó SOLOMON

un carácter de raza. Los Oros formaban una sociedad secreta cuyos miembros se comprometían á celebrar sacrificios sangrientos y á suprimir religiosamente su descendencia.

Se ha pretendido explicar esta horrible costumbre del infanticidio por la falta de recursos alimenticios. Los padres, la madre

N.º 550. Grupo de islas Sandwich.



1: 15 000 000

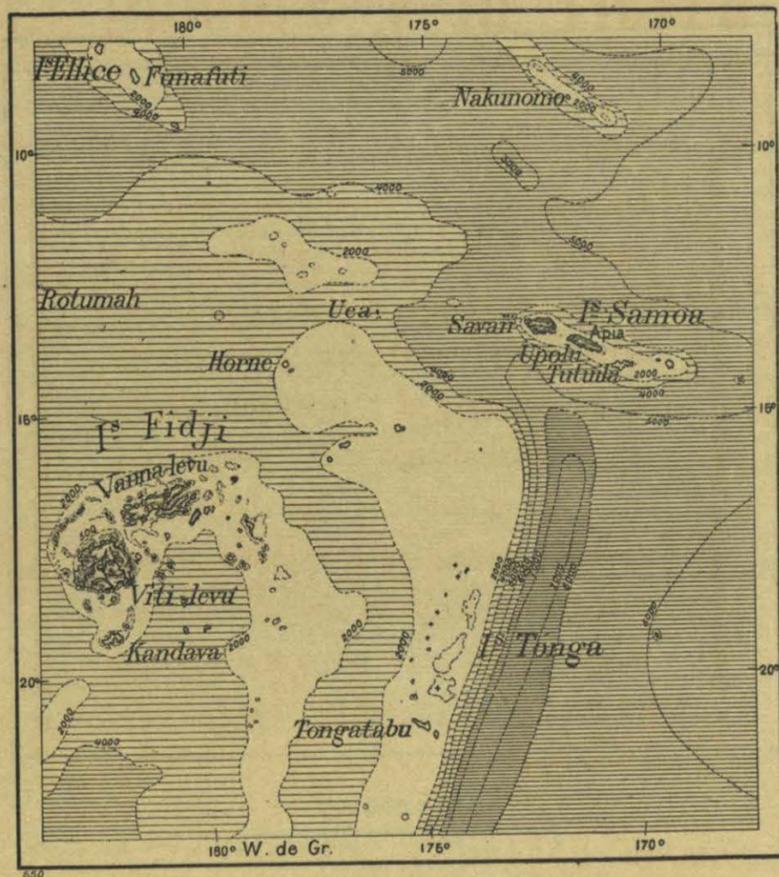
0 250 500 750 Kil.

misma, parece que habían comprendido que los víveres no se aumentaban en proporción igual á la de las familias, y previamente se conformaban con la «ley de Malthus» en todo su espantoso rigor¹. Es posible que en ciertas islas donde prevalecieran circunstancias excepcionales, guerras de exterminio, tempestades destructivas ú otros desastres imprevistos, el hambre determinara á los padres á

¹ Th. Waitz y G. Gerland, *Anthropologie der Naturvölker*.

desembarazarse de su progenitura; es posible que los Oceánicos hayan desconocido los recursos de su admirable clima y la potencia de su trabajo, pero el infanticidio tuvo sin duda en muchas comarcas distintas causas que el hambre. Toda acción, sólo por haberse pro-

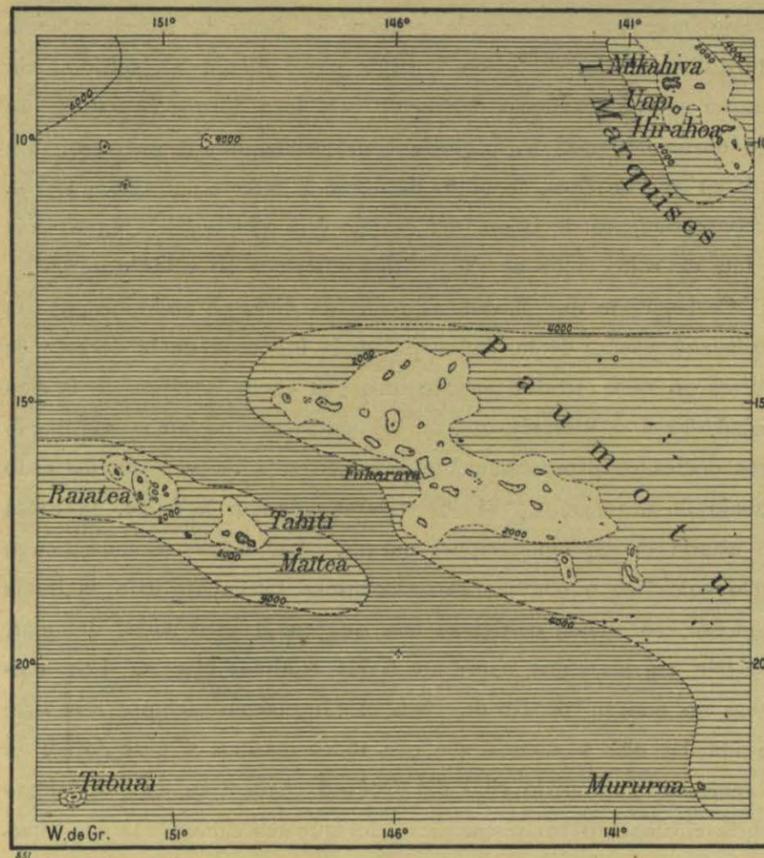
N.º 551. Grupo de las Fidji y de las Samoa.



ducido, cualquiera que sea su causa, tiene tendencia á renovarse, á trocarse en costumbre, á tomar un carácter religioso; en todos los países del mundo, la tradición llega á ser santa, y, más que justificar, diviniza los actos. En el asesinato de los niños, ¿no tiene siempre el hombre el supremo recurso de la ilusión para consolarse

en sus penas? De esos niños que no habían tenido siquiera el tiempo de abrir los ojos á la luz del sol, ¿no podían hacerse espíritus protectores, santos que recordaran la pobre familia de la que habían salido y que intercedieran por ella cerca de las divinidades irritadas?

N.º 552. Grupos de las Marquesas y de las islas de la Sociedad.



En algunas islas y durante ciertos períodos, la proporción de los niños sacrificados se eleva á más de la mitad, hasta las dos terceras partes de la misma generación. En el atolón de Vaitupu (archipiélago Ellice), no se concedía más que dos hijos á cada pareja, uno solo entre los habitantes de Nukufetau, á algunos kilómetros al norte de Funafuti, á menos que los padres consin-

tieran en pagar una multa, lo que, según parece, ocurría con frecuencia¹. Las niñas principalmente, como en todas las sociedades bárbaras, estaban amenazadas, porque, relativamente á los niños, representan una cantidad menor de esperanzas, más dudas é inquietudes. La madre misma, consciente de su infortunio, de su miserable condición de esclava, recordando los golpes, las injurias, el trabajo incesante, solía ser la primera en pedir la muerte de una futura desgraciada, destinada á sufrir como ella había sufrido. Su corazón se conmovía más fácilmente á la idea de que le naciese un hijo destinado quizá á la gloria como navegante ó guerrero. En Ruk, en las Carolinas, no podía decidirse la muerte del niño sino con el consentimiento de la madre: cuando ésta quería salvarle, se teñía la teta de rojo, color de sangre que rescataba su amor maternal.

Cualesquiera que hayan sido en los diversos archipiélagos las verdaderas causas de los infanticidios, la hipótesis de la escasez de víveres no tiene sentido en archipiélagos como las islas de la Sociedad, Taiti ó Raiatea, donde los matadores de niños son parásitos dedicados sistemáticamente á la pereza, que se prohíben todo trabajo de sus manos. Si los víveres llegaran á faltar, la causa no estaría en las generaciones nuevas. Las tierras fecundas, cuyo suelo volcánico ó coralino se descompone fácilmente bajo la lluvia y el sol, no suelen cultivarse más que en la proximidad del mar, es decir, en los sitios expuestos á las temibles mareas. Los indígenas no pueden perder de vista el espectáculo siempre renovado de aquellas olas y además son casi todos marinos y pescadores; en el inmenso laboratorio vital del Océano encuentran en gran abundancia el alimento complementario del que les suministran los huertos de sus cabañas. Justo es hacer constar que si los productos vegetales y los pescados ofrecen un recurso ilimitado, hay penuria de carne animal, y durante siglos ciertas poblaciones no comieron otra carne que la del «gran puerco».

En las islas montañosas, las pendientes del interior, aunque parcialmente revestidas de vegetación, son casi en todas partes descuidadas en concepto económico, y, sin embargo, allí podría subsistir

¹ R. L. Stevenson, *In the South Seas*, vol. I., p. 60.

una población numerosa. Cuando en 1897 vino á apoderarse efectivamente de la isla Raiatea una expedición francesa, hasta enton-



Cl. J. Kuhn, París.

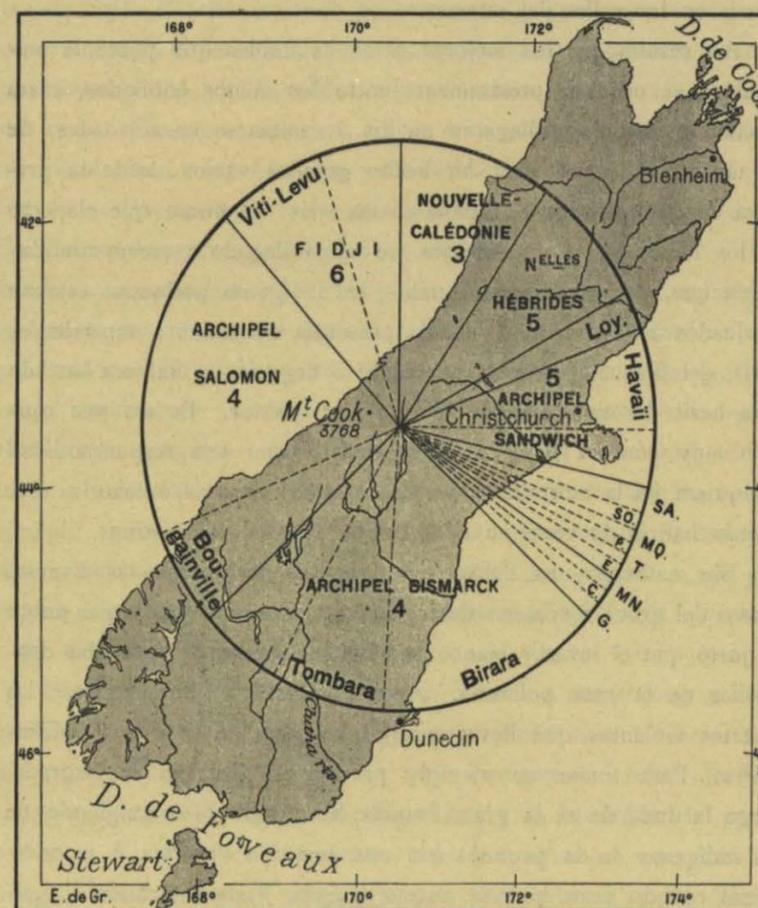
CHOZA POLINESIA

ces poseída de una manera puramente ficticia, los sitiadores tuvieron más trabajo que los sitiados en conservar la regularidad de sus

provisiones. Rechazadas á los altos valles, lejos de la playa, las gentes de Teranpoo, que se negaban obstinadamente á sufrir la dominación extranjera, debieron renunciar absolutamente á todo alimento animal y hasta privarse de cocer sus alimentos vegetales para no ser descubiertos por el humo. Las frutas y otros productos crudos que hallaban en abundancia en su retiro, bastaban ampliamente para su alimentación: batatas, patatas silvestres, raíces de dracoena y de helechos arborescentes; nueces de *tiari* y castañas de *mape*, naranjas y mangos silvestres, barbarinas ó frutos enormes de una pasiflora. Los fugitivos hubieran podido vivir cómodamente durante muchos meses si el enemigo no hubiera sido suficientemente numeroso para proceder estratégicamente á la ocupación de toda la isla. La cuestión demográfica del excedente de habitantes en proporción de los recursos alimenticios no se ha planteado, pues, en Oceanía. El suelo de los archipiélagos — sin contar las aguas oceánicas abundantes de vida — podría alimentar fácilmente una población décuple y céntuple de la que lo habita en el día: al este de las grandes islas melanesias, la Oceanía propiamente dicha no llega á un millón de residentes indígenas, blancos ó mestizos, 900,000 quizá. Á ocho ó diez individuos solamente puede evaluarse por aproximación la densidad kilométrica de los insulares oceánicos. Los archipiélagos Ellice y Gilbert por sí solos llegarían á una población específica comparable á la de Francia.

Los naturales de las islas de la Sociedad veneran entre todas esa alta tierra de Raiatea y continúan llamándola «Santa», aunque hayan abandonado el culto de los antiguos dioses. Allí abordaron, hace ya muchas generaciones, las familias que poblaron el archipiélago: la isla ha conservado el nombre de Havaii, que recuerda la patria tradicional. Hay lugares de tal modo sagrados en la isla, que ningún indígena osaría pasar allí la noche, ni aun penetrar de día, porque si aquellas gargantas silvestres, aquellos cráteres de rocas quemadas eran antiguamente muy temibles á causa de las poderosas divinidades que allí se habían reunido, ¡cuánto más peligrosos han de ser desde que el Dios de los misioneros hizo su aparición, expulsando á los dioses nacionales y transformándolos en diablos, en

N.º 553. Isla meridional de Nueva Zelanda y superficie de las islas de Oceanía.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

La superficie de la isla meridional de Nueva Zelanda es de 152,165 kilómetros cuadrados, ligeramente inferior á la superficie aproximada total (178,196) de los miles de islas de Oceanía. La mayor de ellas es Birara (Neu Pommern) en el archipiélago Bismarck; en el diagrama están indicadas las de menos de 10,000 kilómetros cuadrados.

Loy = Loyauté y las islas próximas á la Melanesia (6); Sa = Samoa (13); So = Sociedad (9); Mq = Marquesas (4); P = Paumotu (7); T = Tonga (25); El = Ellice y otras islas de Polinesia (68); Mn = Marianas (7); C = Carolinas (26); G = Gilbert (82) y otras islas de la Micronesia. Las cifras indican la densidad de la población en 1895.

enemigos del pueblo al que antes pertenecían! Los olas, levantadas recientemente (1903) por una tempestad giratoria, devastaron la mayor parte del litoral, arrasaron habitaciones y ahogaron pesca-

dores, haciéndose el desierto sobre extensas playas fértiles como ya existía en los valles del interior.

Así resulta que los mejores sitios habitables que posee la humanidad se cuentan precisamente entre los menos habitados, hasta suscitar la idea de si llegarán un día á cambiarse en soledades, de tal modo la despoblación ha hecho grandes vacíos desde la primera aparición de los Europeos en las islas: lo mismo que respecto de los Pielas Rojas de América, se había llegado á creer cándidamente que, por una ley ineluctable, los indígenas polinesios estaban destinados á desaparecer; la sola presencia del hombre superior, es decir, del blanco, marinero, sacerdote ó negociante, hubiera bastado para herir de muerte desde lejos al ser inferior. Es esa una opinión muy cómoda para los que puedan tener una responsabilidad cualquiera en la mortalidad de los insulares canacas ó maoris. ¡Á lo más habría de verse en ellos ciegos agentes del destino!

Sin embargo, es lícito investigar detalladamente las diversas causas del grave fenómeno demográfico y consignar hasta qué punto es justo que el invasor blanco se lave las manos de todas las desgracias de la raza polinesia. Ante todo habrá que enumerar las muertes violentas que lleva consigo la obra llamada de «civilización». Para tomar un ejemplo preciso en Raiatea la Sagrada, surge la duda de si la gran Francia ha obrado bien exigiendo de los indígenas de la pequeña isla una sumisión absoluta é incondicional cuando éstos querían quedar amigos, hasta aceptando el fetiche de la bandera, pero á condición de permanecer libres siguiendo la costumbre antigua. Se les había concedido algunos días de reflexión antes del 1.º de Enero de 1897 para someterse por completo. Una mitad de los insulares prefirió combatir, permanecer en la montaña durante algunos meses, y no rendirse sino diezmada, para dejarse deportar en seguida al archipiélago de las Marquesas. ¿Cuántos muertos fueron la consecuencia de aquel acto de conquista? La estadística no lo dice. Tampoco dirá cuánto costaría el acto de «justicia» que unos invasores alemanes han ejercido recientemente, no en la Oceanía propiamente dicha, sino en un archipiélago de la Melanesia, poco importa el lugar, puesto que el sistema y el método son en todas partes los mismos. En Octubre

de 1901, el buque de guerra *Cormoran* fué á castigar á los insulares de Saint-Mathias matando primeramente 61 «salvajes», después capturando las mujeres y los niños para conducirlos al puerto alemán de Herbertshohe, donde podrán formarse una idea de la potencia de los «civilizados» antes de volver á su isla, si hallan la ocasión ó si viven. ¿Qué crimen atroz habían cometido las gentes de Saint-Mathias para que se les castigase de una manera tan bárbara? Se habían vengado matando á un alemán que se entretenía derribando cocoteros, los árboles con que se alimentan los naturales.¹ «¡Una broma, un simple pasatiempo!» Hechos semejantes se han producido en diversos puntos de Oceanía, aprobados todos por la moral nacionalista que reina todavía en nuestro mundo, tan orgulloso de su progreso. En la historia del mar del Sud, quizá en la historia universal, el almirante Goodenough queda todavía como un ejemplo único de verdadera humanidad. Sintiendo herido de muerte por una flecha extraviada, se volvió á sus marineros, que ya cogían sus carabinas y preparaban sus cañones, diciéndoles: «¡Sobre todo, amigos míos, no me venguéis!»

Pero no se mata solamente con *el hierro y con el fuego*, sino también y en mayor escala con el veneno, dado bajo la forma de alcoholes puros ó adulterados, lo que constituye un arma que el tratante europeo maneja con preferencia, y la rivalidad de concurrencia se establece entre los mercaderes de Europa, que quieren obligar á las naciones á embriagarse con sus bebidas, y los fabricantes indígenas que saben también producir los más funestos licores, especialmente el *kava*, azote de las Marquesas. La lucha, reglamentada por las administraciones europeas, se establece entre los productos llamados «higiénicos» de los negociantes con patente y los destiladores no autorizados. El resultado del conflicto es siempre la intoxicación con todas sus consecuencias de vicios, de enfermedades y de muerte. ¿No tiene el Europeo su parte de responsabilidad en la despoblación que causa la embriaguez? Está fuera de duda que la disentería era desconocida entre los insulares de los archipiélagos Salomón y Nuevas Hébridas hasta la época en que unos indígenas,

¹ *Kaenische Zeitung*, 6 Enero 1902.